

JORGE ZALAMEA Y LA DESTRUCCIÓN DEL PERSONAJE

Cuando ya *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias, publicado en 1946, pero terminado años antes¹, había alcanzado merecida fama, sobre el tema de la dictadura, otros textos narrativos dedicados al mismo asunto aparecen en América, entre ellos *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, del colombiano Jorge Zalamea, que se publica en Buenos Aires en 1952². Un gran libro, aunque breve, de un escritor cuya fama no ha superado como merecía las fronteras nacionales, y que hoy parece bastante olvidado³.

En la narrativa de Zalamea el tema de la dictadura no era nuevo; ya en 1949, a los pocos años de editarse la novela citada de Asturias, él había escrito otro cuento, o “novela breve”, que trataba el mismo problema, *La metamorfosis*

¹ Efectivamente, aunque se publicó en 1946, *El Señor Presidente* estaba terminado en 1932, como hace tiempo aclaramos en nuestro libro *La narrativa de Miguel Ángel Asturias*, Milano, Cisalpino, 1966, pág. 31.

² Citaremos por la edición más reciente que conocemos: J. ZALAMEA, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, La Habana, Casa de Las Américas, 1968, donde se incluye también *La metamorfosis de Su Excelencia* y que va acompañada de un extenso estudio crítico de Alfredo Iriarte.

³ No menciona las novelas de las que nos ocupamos A. Curcio Altamar, en su *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957, pues este estudio llega a 1950. Pero ni siquiera lo hace F. Alegría, en *Nueva historia de la novela hispanoamericana*, Hanover, Ediciones del Norte, 1986. Tampoco las menciona M. A. Arango L., en *Origen y evolución de la novela hispanoamericana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988. Sólo F. Ayala Poveda en su *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Educar Editores, 1986 (3ª ed. actualizada), dedica más de seis páginas a J. Zalamea y su obra, y de ellas cuatro al examen de *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*.

de *Su Excelencia*. La publicación en Buenos Aires se debió a la dificultad política del momento en Colombia; afirma el autor que el cuento lo escribió “bajo el terror de la época”⁴, o sea en un momento particularmente difícil para su país, dominado por la dictadura.

El protagonista de *La metamorfosis* aparece obsesionado por un “soso olor” a matadero⁵, a “agrijo tufillo de ropas sudadas”⁶. El proceso de destrucción del personaje empieza a través del mal olor y, para lograr mejor su intento, el narrador menciona una serie de objetos negativos a la vista, repugnantes al olfato:

sábanas mancilladas,
flores en putrefacción,
húmedas cenizas,
vendas sanguinolentas . . .
y el tufo extrañamente ferruginoso de la cadaverina⁷.

Vista y olores que determinan en el dictador un “asco incoercible a los hombres”⁸ “Su Excelencia” experimenta encontrados sentimientos, que el narrador subraya con ironía: “católico practicante, fervoroso y ejemplar”⁹, lo asalta grotescamente un torbellino de escrúpulos en torno a la salvación de las almas de los individuos que él manda eliminar. En realidad son visiones de pesadilla, que mucho se parecen a las que presenta Quevedo en el *Sueño del Infierno*, o Asturias en el comienzo de *El Señor Presidente*, donde dominan obsesivas onomatopeyas: “Alumbra, lumbre de alumbre . . . Luzbel de piedralumbre [. . .]”¹⁰.

⁴ J. ZALAMEA, *op. cit.*, pág. 76.

⁵ J. ZALAMEA, “La metamorfosis de Su Excelencia”, en *op. cit.*, pág. 83.

⁶ *Ibid.*, pág. 87.

⁷ *Ibid.*, pág. 88.

⁸ *Ibid.*, pág. 89.

⁹ *Ibid.*, pág. 96.

¹⁰ Ver M. A. ASTURIAS, *El Señor Presidente*, ed. crítica de R. Navas Ruiz y Jean-Marie Saint-Lu, Paris, Klincksieck-Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 7.

Jorge Zalamea presenta el sueño del dictador inquietado por una espantosa visión infernal. Su Excelencia

[...] se veía a sí misma, desnuda, formando el lívido centro de una monstruosa flor de cuerpos humanos que se asían de ella por los cabellos, los brazos y las piernas mientras se precipitaban todos hacia un nauseabundo piélago de azufradas llamas, entre un desesperado clamor de maldiciones y las interjecciones arrieras de multitud de diablos, diablesas y diablillos que lo agujoneaban en su definitivo derrumbamiento¹¹.

No cabe duda de que el *Infierno* de Dante es, como lo fue por Quevedo, punto principal de referencia. Dentro de la negatividad fúnebre que lo rodea, el dictador tiene que convencerse, al final, que el “soso olor” a muerte que lo obsesionaba promana de su cuerpo, en cuanto es él el dispensador más que generoso de la misma: destruye y mata, es el carnicero de su pueblo. Sus “terribles paisajes de sueño”, igual que el general Franco en el infierno nerudiano de *España en el corazón*, se funda en escalofriantes perspectivas construidas por él mismo: “chiquillos de ensangrentadas espaldas”, “de bruces en la tierra”¹². Una borrosa procesión de víctimas infantiles desfila ante sus ojos aterrorizados: “[...] Ora veía pasar por un interminable camino de niebla, en una sola fila, millares de niños en cuyos aovados rostros no había más facciones que una boca de amoratados labios que lamía y chupaba desesperadamente un amarillo hueso mondo”¹³.

Escena goyesca, del Goya de la época “negra”.

El personaje va camino de su destrucción última. Parecería como si un refugio de esperanza, a cierto punto, lo representara el paisaje de la infancia, del que, en su memoria, promanan aromas frescos, de antigua inocencia. Zalamea introduce la nota delicada para hundir más, a través del con-

¹¹ J. ZALAMEA, “La metamorfosis de Su Excelencia”, en *op. cit.*, pág. 98.

¹² *Ibid.*, pág. 112.

¹³ *Ibidem*.

traste, al inquietante personaje; para quitarse el insistente, “soso olor” a muerte, el déspota decide regresar a los *mitizados* sitios de su pasado infantil, cuando los juegos inocentes. Tentativa inútil, pues a quien produce muerte no se le concede rescate. Todo, en torno suyo, huele definitivamente a sangre y cosas difuntas, que se descomponen: “Y del agua y la tierra, de la piedra y el árbol, de la hierba y el aire comenzaba a manar, como un vaho, el husmo de la vida que se deshace y descompone,

un soso olor de matadero,
un soso olor de matadero,
UN SOSO OLOR DE MATADERO”¹⁴.

La metamorfosis de Su Excelencia en un extraño animal, cuyas facciones quedamos sin conocer, es el resultado final: “un nuevo ser en cuyos ojos rodaba la infinita tristeza de las bestias, aullaba a la muerte”¹⁵. Asqueado, el edecán, que allí lo había llevado, cubre con su capote “aquella desnudez” horripilante. Y como la destrucción del malvado da lugar siempre al renacer de la esperanza, “Los hombres, en sus lechos, soñaban con la vida”¹⁶. Frase significativa que afirma, según acertadamente ha notado un crítico, “la fe en un futuro mejor a través de los hombres”¹⁷.

Entre *La metamorfosis de Su Excelencia* y *El Gran Burundún-Burundá ha muerto* parecería no existir una relación directa. Sin embargo es posible establecer una conexión entre las dos narraciones, siguiendo la cronología de su composición y de su publicación. La novela *El Gran Burundún-Burundá ha muerto* puede ser considerada continuación de *La metamorfosis de Su Excelencia*, no solamente por el tema, sino porque al final de esta última quedamos sin saber en qué tipo

¹⁴ *Ibid.*, pág. 118.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 120.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 121.

¹⁷ A. IRIARTE, “Ensayo crítico sobre *El Gran Burundún-Burundá ha muerto* y *La metamorfosis de Su Excelencia*”, en J. ZALAMEA, *op. cit.*, pág. 220.

de animal se ha transformado el dictador, y bien podría ser, por sucesivas metamorfosis, aquel extraño y descomunal pajarraco —“un enorme papagayo, todo él henchido, rehenchido y forrado de papeles impresos, de gacetas, de correos de ultramar, de periódicos, de crónicas, de anales, de pasquines, de almanaques, de diarios oficiales”¹⁸— que al momento del entierro de la salma del Burundún Burundá el ceremonioso Canciller encuentra al abrir el ataúd. Grotesco animal desecado, vaciado de toda consistencia, símbolo de la inutilidad de una *legiferación* dedicada sólo al atropello, a la esclavización de su gente.

Lo que del dictador llegamos a conocer sobradamente en la novela es su naturaleza mortífera, el desgaste que ha determinado en todo el conjunto humano del país sobre el cual ha dominado, pésimo precursor del Patriarca de García Márquez, por un tiempo sin tiempo. La dimensión del Gran Burundún Burundá en el mal es hiperbólica. El narrador acude a una aparatosa descripción del acompañamiento fúnebre, desfile interminable de seres bestiales, en “la avenida más larga y más ancha del mundo”¹⁹.

El recurso a la hipérbole en Zalamea estaba destinado a enseñar algo determinante al que sería en breve el máximo narrador colombiano, Gabriel García Márquez. En cuanto a la omnipotencia del Gran Burundún Burundá, se ha llamado en causa, como punto de encuentro entre los dos escritores, el personaje singular de la poderosa matrona protagonista de *Los funerales de la Mamá Grande*²⁰, que el Premio Nobel colombiano publicara diez años después. Pero la gran señora nada tiene que ver con el poder político y es un personaje único y originalísimo en su género.

Ya desde el comienzo de la novela, a propósito del aparatoso entierro del dictador, Jorge Zalamea introduce al lector

¹⁸ J. ZALAMEA, “La metamorfosis de Su Excelencia”, en *op. cit.*, pág. 71.

¹⁹ J. ZALAMEA, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, pág. 8.

²⁰ Cfr. A. IRIARTE, ensayo cit., en J. ZALAMEA, *op. cit.*, pág. 140.

en un clima, abultado, de ampulosa pompa barroca, al servicio de una ironía destructiva:

Ninguna crónica de la gloria de los actos, sería tan convincente ante las generaciones venideras como la minuciosa verídica descripción del cortejo que ponderó su poder en la hora de su muerte.

Pues cada uno de los pasos de aquella lujosa y luctuosa procesión, obra fue de su ingenio, símbolo de sus designios, eco de su insigne borborismo²¹.

El todopoderoso nada descuida; hasta predispone el ceremonial para su muerte, siempre que suponga posible que esto ocurra. Con extraordinaria morosidad el narrador va disponiendo las piezas maestras de su creación, el gran entierro, describiendo detalladamente las corporaciones y altos mandos, cuerpos del ejército y dignatarios de palacio, exponentes de la política y la iglesia, personalidades infames que rodearon al difunto en su época de poder, que de él vivieron y con él prosperaron, antes dispuestos a todo para ganarse su favor y preservar sus vidas, ahora en espera de devorarse entre sí, para medrar de nuevo, rápidamente.

Es un momento de tregua armada, pues el poder del dictador perdura hasta el momento en que acabará su entierro oficial. Una larga pausa en la que todo lo que pasará se está ya fraguando en la mente de cada uno de los que ya gozaron del poder del “ahora Caudillo de los Difuntos”²², definido también, en rápida sucesión grotesca, denunciadora de las fechorías y veleidades de la dictadura: “Gran Brujo”, “Gran Destructor”, “Gran Cinegista”, “Gran Pesquisante”, “Gran Terrorista”, “Gran Cismático”, “Gran Farisco”, “Gran Charlatán”, “Gran Reformador”, “Gran Parlachín”, “Gran Extirpador”, “Gran Vociferante”, “Gran Precursor”²³.

²¹ J. ZALAMEA, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, pág. 7.

²² *Ibid.*, pág. 12.

²³ Ver *ibid.*, págs. 29-36. El procedimiento es parecido al de Asturias en relación con *El Señor Presidente*, aunque en Zalamea abunda la nota grotesca y la que denuncia la maldad interior del tirano.

No satisfecho con esto, Zalamea presenta al vivo su poderoso personaje. *El Señor Presidente* de Asturias no tenía facciones, todo era borroso y se fundaba sobre dos colores únicamente, el blanco de la cara y los bigotes y el negro insistido de su traje²⁴. Un año antes Rafael Arévalo Martínez se había encargado de pintar un retrato inolvidable de Estrada Cabrera, en *¡Ecce Pericles!*²⁵.

En *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, originalmente Jorge Zalamea presentando al gran dictador incide en lo bestial, en lo repugnante, destacando el engaño del arte oficial hacia la realidad humana, animal, del poderoso, que de entrada destruye acudiendo a un eficaz juego irónico de contrastes:

Sólo la grandeza de los actos burundunianos pudo justificar a los escultores que dieron a la apariencia física de su avasallante modelo la enjuta belleza que parece ser propia de la estatua. Pues visto en carne y hueso —no en mármoles ni bronce—, el personaje fue patizambo, corto de muslos, de torso gorilesco, cuello corto, voluminosa cabeza y chocante rostro. Tenía al sesgo la cortadura de los párpados y globulosos los saltones ojos. El breve ensortijado del cabello y la prominencia de los morros, le daban cierto cariz negroide. Y cuando hubiese querido presumir de romano por el peso de la nariz y el vigor de la mandíbula, quién sabe qué internos humores le abullonaron la frente, le agrumaron la carne en las mejillas, le desguindaron la nariz y le tornaron vultuoso todo el rostro²⁶.

La historia de su ascenso, o “carrera”, contada sucintamente, le ofrece al narrador la oportunidad para recargar lo negativo del hombre:

²⁴ Cfr. M. A. ASTURIAS, *El Señor Presidente*, pág. 33: “El presidente vestía, como siempre, de luto riguroso: negros los zapatos, negro el traje, negra la corbata, negro el sombrero que nunca se quitaba; en los bigotes canos, peinados sobre las comisuras de los labios, disimulaba las encías sin dientes, tenía los carrillos pellejados y los párpados como pellizcados”.

²⁵ Cfr. R. ARÉVALO MARTÍNEZ, *¡Ecce Pericles!*, Historia de la tiranía de Manuel Estrada Cabrera, San José de Costa Rica, EDUCA, 1971, 2 vols. (I ed. Guatemala, 1945).

²⁶ J. ZALAMEA, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, pág. 29.

[...] Tuvo, por ejemplo, el prurito de revolver y olisquear ropas sucias; fue cleptómano de caras íntimas y Champollión de documentos ajenos; discípulo de Dionisio el siracusano, se hizo perito de escuchar tras de las puertas y aojar por las cerraduras; le puso casa al chisme y abrió garito a la calumnia; le ofreció incienso al Diablo Cojuelo, oro a la Celestina y mirra a Yago.

Pero el hombre tenía su malicia y, en vez de inspector de alcantarillas, lo diputaron Catón²⁷.

No nos sorprende que, llegado al poder, hombre tan taimado todo lo emplee para quitarle a sus desdichados súbditos hasta el don de la palabra, al fin de hacerlos más dóciles y por consiguiente felices, como enseñan los animales:

Si se quiere [...] hacerles dichosos y mansos, es menester extirpar de sus costumbres la más vana y peligrosa: la de hablarse entre sí, la de comunicarse sus cobardes temores, sus ineptas imaginaciones, sus torpes ideas, sus enfermizos sentimientos, sus engañosos sueños, sus inciertas aspiraciones, sus imperdonables quejas y protestas, su torpe sed de amor²⁸.

Reducida a puro silencio y animalidad la república, el mandatario puede ejercer con toda seguridad su poder. En el espantoso silencio que desciende sobre el país, mejor se oyen las altisonantes expresiones de la propaganda del régimen, los barrocos y vacíos himnos con los que se consagra el culto de la persona. Alrededor, seres animalizados, que obedecen criminalmente al dictador y sobre los que éste funda su fuerza: el ejército y la policía, cuerpos que en la actualidad del tiempo novelesco están desfilando en la avenida “más ancha y más larga del mundo”, acompañando al jefe máximo en su entierro.

El narrador representa eficazmente el clima trágicamente ridículo de la dictadura. Remedando a Manrique, contraste entre lo positivo moral y lo superficial de las apariencias, Zalamea celebra con punzante ironía, en una orgía de frases

²⁷ *Ibid.*, pág. 30.

²⁸ *Ibid.*, pág. 33.

admirativas, la compañía marcial, el Estado Mayor de la nulidad desfilando:

¡Qué altaneras cabezas!
 ¡Qué henchidos pechos!
 ¡Qué fulgurar de estrellas y de cruces y de placas y encomiendas!
 ¡Qué esplendor de bandas y charreteras y entorchados!
 ¡Qué cintilar de galones y botones!
 ¡Qué airones sobre los cascos!
 ¡Qué emblemas en los cuellos y en los puños!
 ¡Qué ondeantes capas a las espaldas!
 ¡Qué llameantes listas en los pantalones!
 ¡Qué luces en el charol de cinturones, guarniciones y botas!
 ¡Qué girar de astros en las espuelas!
 ¡Qué ambición de mahorías!
 ¡Qué borrachera de matanceros!
 ¡Qué sueños de dahomeyanos!

No lograba la niebla y la llovizna empañar el lustre de aquellos mosaicos vivientes ²⁹.

Naturalmente, “Otra cosa sería verlos por dentro” ³⁰, advierte el narrador, pero ya su singular celebración, en un progresivo proceso destructivo de los celebrados, denunciado la negra realidad íntima de tantos individuos. Igualmente lograda en lo grotesco es la presentación de la “Flor del pueblo mudo”, o sea la primera generación que carece de palabra, “Seres de consentimiento previo, criaturas de agregación, entes de subordinación”, “proliferación de zoófitos blancuzcos que asediaba con su erizada rigidez toda vida que quisiera ser libre” ³¹: ¡Era pavorosa la marcha de la nada a la nada! ³².

No menos impresionante el desfile, en “cerrados pelotones”, de la “Policía Urbana y Rural del Gran Pesquisante”. El escritor nos presenta con crudo realismo a extraños entes animalizados, sin uniforme, metidos grotescamente en trajes

²⁹ *Ibid.*, págs. 50-51.

³⁰ *Ibid.* pág. 51.

³¹ *Ibid.*, pág. 55.

³² *Ibid.*, pág. 56.

que nunca se avienen con su medida, denunciando en ellos, como lo había hecho Asturias en *El Señor Presidente*³³, con el olor inquietante que despiden, su virilidad dudosa, la disposición innata al delito:

[...] trajes civiles, anónimos trajes civiles un poquitín pasados de moda y casi nunca ajustados en su medida a los cuerpos que cubrían. Unas veces demasiado estrechos para ciertos pechos de gorila y ciertas nalgas excesivas y equívocas; otras demasiado amplios para los hombros caídos y los muslos entecos de los hominicos. De sus ajadas ropas se desprendían — con cierta nauseabunda regularidad — vaharadas de moho y gasolina, de sudor y de semen, de caries y frías flatulencias, de papel sellado y resobada miga de pan. Superpuestos hedores que acababan por fundirse en un relente abominable dulzón de cadaverina³⁴.

Seres bestiales, espantosos, cuya faz desnuda “era arma eficaz en manos del Gran Terrorista”³⁵. La descripción de facciones es una página maestra de la novela, que bien hubiera podido firmar Quevedo. El proceso destructivo se realiza a través de la acumulación de lo bestial, lo deshonesto y lo terrorífico, en un sabio contraste entre alusiones a elementos tiernamente “humanos” heridos y a degeneraciones inquietantes del hombre, imágenes dislocadas, sensaciones térmicas desagradables, olores repugnantes:

Pues los ojos — que eran coágulos de pus, o reventones de sangre, o lívidas ostras verdinosas —, tenían esos rápidos guiños solapados que petrifican la dulce entrada de las mujeres y hacen nacer el yerto vendaval del miedo en los testículos de los hombres más cabales. Pues los cenicientos labios sin bisel sabían alargarse, cerrados, en la sonreída mueca que desata inesperadamente el llanto de los niños; o, si eran protuberantes y amoratados, fruncirse con la gula del impotente que espanta aún a las más viejas ramerías. Pues en las mejillas y en las mandíbulas y hasta en las mismas orejas, tenían de repente

³³ M. A. Asturias había insistido en el carácter dudoso de los policías y el mal olor que despiden su indumentaria. Cfr. en *El Señor Presidente*.

³⁴ J. ZALAMEA, *El Gran Burundú-Burundá ha muerto*, págs. 17-18.

³⁵ *Ibid.*, pág. 18.

subcutáneas contracciones que eran como la deglución de todas las codicias, como el baboso saboreo de todas las concupiscencias; pero aún y más temible: como el azoro que divide al criminal entre su crueldad y su cobardía. Pues los rostros todos tenían esa cerosidad sudorosa de quienes acechan tras el ojo de las cerraduras; de quienes buscan en la cosquilla erótica el camino de fatal confidencia; de quienes pasan la lengua cirrosa por el engomado de los anónimos; de quienes brindan a la salud del amigo condenado de antemano; de quienes reciben todavía caliente el pan que amasara la madre anciana, cuando han ido a su casa para arrestar al hijo que se oculta en el granero³⁶.

Sobre estos y otros personajes se funda el poder absoluto. Con razón Ángel Rama ha destacado la "construcción del relato como un gran poema reiterativo hasta la obsesión", medio al cual acude el escritor colombiano "para introducirse en la significación abarcadora de una experiencia humana que no podía ya reducirse simplemente a la aventura de un villano de western sino que debía investigarse como la coyuntura de una sociedad, a veces hasta de una naturaleza tropical"³⁷.

A no ser por el paisaje neblinoso, lluvioso, en el cual se desarrolla el largo entierro del Gran Burundún Burundá, parecería que el escenario siguiera siendo, en lo humano animalizado, sustancialmente el de *El Señor Presidente* de Asturias. Jorge Zalamea adopta, en relación con el tirano, la misma técnica de ocultación-sugerencia, propia del narrador guatemalteco: el déspota está presente en la novela y través de sus maldades, de sus infernales sicarios y una vez difunto, en el obsesivo desfile del hiperbólico cortejo fúnebre, dominado por un lóbrego ataúd depositado en un "carruaje pesado de alegorías, pero aligerado por cabeceantes penachos"³⁸, donde se cree hasta el último instante que está el poderoso, muerto pero todavía temido. La befa del enorme papagayo parece

³⁶ *Ibid.*, págs. 18-19.

³⁷ A. RAMA, *Los dictadores latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, págs. 9-10.

³⁸ J. ZALAMEA, *El Gran Burundún-Burundá ha muerto*, pág. 7.

conocerla el caballo del dictador, que, negro, luciente, ostenta durante todo el trayecto una enigmática sonrisa, que se hace al final incontenible:

Tenía tanta risa el caballo de batalla del Gran Burundún Burundá que le bajaba de la cabeza altanera al pecho enjuto y de allí se propalaba a las finísimas manos obligándolo, sí, obligándolo en la embriaguez de la alegría, a dimitir de su propia dignidad y belleza para competir con los corceles circenses. Pues cayó en la flor de hacer de sus manos batutas que quisieran dar otro ritmo al desfile; su propio ritmo.

¡No le cabía al animal tanta risa en el cuerpo!³⁹.

Y era la satisfacción de saber que “tras de sus ancas, venía muerto el partero de tantos cadáveres”⁴⁰.

El solemne desfile se transforma en farsa, y ésta culmina en el momento en que, abierto el ataúd, se descubre en él al enorme papagayo lleno de textos de la legislación del indigno. Una farsa amarga ciertamente, porque concluye sin esperanza: el dictador ha muerto, pero los poderes del difunto están destinados a perpetuarse en otros personajes no menos negativos, a cuyo servicio estarán siempre la policía, el ejército, todas las llamadas “fuerzas sanas” de la nación.

El valor de la narrativa de Jorge Zalamea reside en la habilidad del juego con que ridiculiza la dictadura, un ridículo trágico, pues sobrentiende el dolor de todo un pueblo largamente probado por el infortunio. Para que su denuncia sea más convincente contra todas las dictaduras, el narrador colombiano elimina, como lo hizo Asturias en *El Señor Presidente*, todo dato concreto, relacionado con la geografía y los personajes y le deja al lector entendido en la materia la posibilidad de individuar personas y lugares. Su estilo es personálísimo, ágil, sabroso y arrastra al lector.

GIUSEPPE BELLINI

Universidad de Milán

³⁹ *Ibid.*, pág. 25.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 26.